

La calle  
Diario de un espectador  
Música y represión  
por miguel ángel granados chapa

para el lunes 30 de abril de 2007

El viernes comenzamos a reproducir aquí el comentario del jesuita Luis García Orso acerca de *El violín*, la película de Francisco Vargas Quevedo que, después de una trayectoria triunfadora en todo el mundo, por fin fue estrenada el 27 de abril en la ciudad de México (y en Ixtapaluca donde se rodó y la gente se vio a sí misma en la pantalla). García Orso es un cinéfilo experto, que representa en México a Signis, la Asociación católica mundial de la comunicación y es miembro de la directiva de la Organización católica latinoamericana y del Caribe de la comunicación (Oclac). He aquí sus palabras:

“La película sigue las andanzas de un viejo campesino y músico, don Plutarco Hidalgo, junto con su hijo Genaro y su nieto Lucio, que van tratando de librar el acecho de un destacamento de soldados que avanzan por las aldeas en la sierra en busca de guerrilleros y que han destruído y quemado sus casas. Los pobladores han tratado de organizarse aun militarmente para defenderse y resistir, y los tres familiares intentan hacer llegar más municiones. Don Plutarco lo hará con el recurso de su violín y su música.

El primer largometraje de Francisco Vargas (egresado de la Universidad autónoma metropolitana y del Centro universitario de estudios cinematográficos de la Unam) impacta por la precisión y sobriedad de su narración, la pureza y belleza de su fotografía en blanco y negro, la sinceridad y veracidad con que todos los actores —profesionales o no—encarnan personajes del pueblo, y el compromiso entrañable con la realidad de los pobres que transparenta la historia cinematográfica.

Una mención especial merece la actuación de don Ángel Tavira, músico guerrerense de toda la vida, quien siendo joven perdió la mano derecha en la explosión de un cohete y aun así se convirtió en un virtuoso y maestro del violín, y que no sólo representa al personaje protagónico de la película, sino que lo vive con toda sinceridad, entrega y veracidad, como quien sabe en carne propia de qué se trata.

La narración recupera el origen de la creación, cuando la tierra fue dada a los hombres para vivir; luego sobrevino el despojo ambicioso e injusto que perpetran unos cuantos. Sobre ellos se alza la dignidad y la lucha de los ‘hombres verdaderos’, para que la tierra vuelva a ser lo que era en un principio. La figura del octogenario Plutarco, todo él digno, entero, perseverante, y la música de su violín serán entonces la representación de este compromiso, de esta lucha, de esta esperanza: cuando la música acompaña y alegra a las mujeres y a los niños que huyen de la represión, cuando el violín seduce y casi doblega la fuerza opresora del capitán, cuando el nieto ha de seguir tocando sin rendirse, hasta que lleguen los tiempos de la vida y de la luz para el pueblo.

*El violín* es una película íntegra, comprometida, sin falsas complacencias. En ella la esperanza que encarnan los desposeídos y la capacidad de trascender y perseverar que alienta la música son el regalo de esta historia tan nuestra y tan universal. La película ha acumulado unos 30 premios, desde que en 2005 fue apoyada con el premio Signis y el de Casa de América para su posproducción y luego escogida en 2006 para una sección del Festival de Cannes. Han seguido reconocimientos en San Sebastián, Tesalónica, Sao Paulo y Gramado, Miami, Punta del Este, Quito, Cartagena, Huelva, Francia y Canadá, y los Arieles en México. Sin embargo, e irónicamente, la película no había encontrado distribuidor para su propio país. Quizá —en opinión de algunos—refleje demasiado nuestra propia realidad y no convenga que se haga luz sobre la violencia del poder ejercida en Aguas Blancas, Atenco, Oaxaca, Pasta de Conchos, Zongolica...como en la escena primera de *El violín*”.